

Carlos Monsiváis

MÉXICO: CIUDAD DEL APOCALIPSIS A PLAZOS

y viendo el humo de su incendio,
dieron voces, diciendo: *¿Que ciudad era
semejante a esta gran ciudad?*
Apocalipsis 18 - 18

Instalada sobre la destrucción de un imperio, la ciudad de México encontró en este hecho - un hacerse entre ruinas - su primera y última definición. Desde entonces, y a lo largo de los siglos, la ciudad ha crecido hasta perder la consciencia de límites, ha canjeado a los cantores por los gestores, se ha dejado ceñir por lemas de la mitomanía ("La ciudad de los Palacios", "La región más transparente del aire"), y ha vuelto siempre al principio: la relación entre los arrasamientos de toda índole y el proyecto inacabable de construcción.

Como toda ciudad, la de México se ha sujetado a ideas preconcebidas, que suelen volverse prácticas fatalistas. A la ilusión primera de una "Ciudad de Dios", curas y frailes le imponen el amor al Supremo Creador que es aliado del rey de España, y virreyes y explotadores de minas y de indios le añaden la munificencia de edificios que son apetito de grandeza en medio de la así llamada barbarie. Al sueño de la urbe virreinal, asiento del esplendor sin paralelo, la Colonia le aporta el trabajo esclavo y el saqueo de recursos. *Vivir como Dios manda* sólo es posible en residencias como fortalezas, donde el boato pertenece a la técnica de consolidación: a la sociedad novohispana la apuntalan el lujo de fuerza y las intimidaciones del lujo. Nadie se preocupa - no es asunto pensable - por las condiciones de vida de indígenas y parias urbanos. Inconcebible que habiten *casas*; a ellos les corresponden chozas, tugurios, meros hacinamientos. El orgullo estético es argumento prescindible ante la mayor razón de ser de la ciudad: éste es, y que a nadie se le olvide el centro político, religioso, social, cultural de un país donde la única justicia es la grandeza de su clase dirigente.

La literatura en esta etapa, aporta, en lo que se refiere a la ciudad, primero el asombro ante la fantasía de las idolatrías y lo que fue Tenochtitlan, y luego la variedad de técnica para darle a la nueva "Ciudad de Dios" el orgullo que sea también el severo deseo de vivir según la norma. Y el cronista Bernardo de Balbuena comienza su *Grandeza mexicana* con lo que es, al mismo tiempo, reconocimiento de majestuosidad, adulación y técnica de construcción del ego colectivo. Y esto con los variantes a que va obligando el fin del ensueño teocrático, persiste a lo largo de los tres siglos coloniales.

En el siglo XIX la necesidad - real y programática - de la mentalidad crítica que sea el signo de la nación independiente, influye poderosamente en la descripción y la concepción de la ciudad. Por un lado abundan quienes se atienen a la frase atribuida al barón de Humboldt ("La Ciudad de los Palacios"), y se jactan de la belleza de la capital y el porvenir a que esa belleza obliga. Pero lo más común entre novelistas y cronistas es señalar limitaciones (la mayor: el tedio de la ciudad cuyo gran deporte es atrapar reflejos de la metrópolis) y depositar el desarrollo y el sentido de la ciudad en la conducta de sus clases medias, vistas con sorna y admiración. Y la literatura apenas capta fenómenos centrales. Por ejemplo, suele referirse de modo colateral al proceso de secularización que es el principio de la renovación urbana.

A mediados del siglo XIX a la burguesía liberal le urge eliminar de la ciudad el aspecto de ciudadela clerical, y por ello, y aún a sabiendas de la belleza sacrificada, se decide extirpar de la traza urbana algunas señales visibles del sueño teocrático. La piqueta que derrumba templos y conventos anuncia con violencia las exigencias políticas, morales y económicas de los liberales, y el nuevo trato simbólico y real de la sociedad con el espacio ciudadano. La admirable severidad de templos y conventos ya no será la norma; es el tiempo de los edificios de gobierno que obliguen a pensar en el vigor irrefutable del Estado, de mansiones a modo de delirios aristocráticos, de grandes paseos y avenidas (el Paseo Montejo en Mérida, el Paseo de la Reforma en México), de teatros donde la decoración se refleja en el vestuario de los asistentes, de ambiciones culturales marcadas por el tono operático.

Y el resto - la ciudad sin prestigio - parece no importar. Por eso, en el sentido de la preocupación urbana, son dos las versiones literarias de la ciudad de México: *La linterna mágica*, la serie de crónicas de José Tomás de Cuéllar Facundo, donde la capital es la edificación ridícula y entrañable de los pretensiones sociales, y la gran novela de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frio*, donde la ciudad es el perfecto escenario de la conspiración que es la razón de ser del crecimiento. Todo aquí se hermana: El Presidente de la República protege al jefe de policía que es el rey del hampa, las vendedoras de flores tienen que ver con los abogados que están al servicio de los políticos

que reciben apoyo de los ladrones, y así sucesivamente. La ciudad, una sola red de intereses con recompensas muy injustamente distribuidas.

En el porfiriato (no tanto las tres décadas de régimen dictatorial de Porfirio Díaz como el sueño del Progreso concentrado en una ciudad y en cuatrocientas familias), la literatura es una de las grandes excepciones del tono referencial usado por la Buena Sociedad que inventa la tradición y la declara "eterna", y que disemina atmósferas moralistas y ferva por las apariencias, horror ante lo sexual y conversión de los prostíbulos en grandes clubes, culto a la fundación de la aristocracia pulquera y sentido de la respectabilidad que se transmite de los edificios neoclásicos a las personas, de los paseos a la conducta ideal en las recámaras. Ante eso la literatura, incluso la hecha con propósitos explícitamente moralizantes es un antídoto; da cuenta de la ciudad verdadera y refiere a su pesar a la ciudad viva de prostíbulos y teatros populares y zonas de miseria y especulación. Entonces - y el gran ejemplo es *Santa*, la novela de Frederico Gamboa sobre una prostituta que resultará un ser paradigmático - lo saben con otras palabras o con otros ademanes: el pasado defiende la unidad del hogar y del noble estilo (la ciudad ideal), y el futuro sólo contiene la destrucción de las tradiciones y la familia extensa (la ciudad cada vez más real).

El México de principios del siglo XX, de fotingos y tranvías, de sombreros de palma y carencia de neurosis urbana, es por comparación la ciudad aislada y despoblada que ignora sus reservaciones marginales y acepta sin gratitud la docilidad de las masas para quienes la cultura o el arte no son siquiera preocupaciones lejanas. A los ruidos de cohetes y vendedores callejeros, se suman murmullos de placer al paso de las carretelas adornadas, suspiros de compasión teatralizada ante las irrupciones de los pobres, y movimientos de cabeza que compendían la sabiduría de la ciudad: ¡qué bella traza y qué sociedad tan equilibrada! Y para quienes aceptan que el destino fija, por razones que solo a él competen, los sitios en la escala social, la ciudad jerárquica asume las proporciones de una Naturaleza ceremonial.

En el porfiriato se aplica con puntualidad una estrategia: que sean todo lo invisibles que se pueda los Intrusos (los pobres, los miserables), cuya sola presencia afea y calumnia a la única zona del país capaz de librarse del primitivismo. Por lo pronto, se cree y se dice de mil maneras, la población de este país es irredimible, o su salvación es tan a largo plazo que no le interesa a su cúpula. Queda tan sólo auspiciar zonas de privilegio en las ciudades principales: Guadalajara, Puebla, Veracruz, Mérida, Chihuahua y, especialmente, la capital que, en el México independiente, será sinónimo del proyecto aprobado por la credulidad colectiva: si seguimos con brío la lección del virreinato, y liberamos a determinadas zonas de todo signo de atraso o de miseria, esta ciudad será mundialmente célebre y respetada. Y si un viajero me-

tropolitano no se siente por un momento habitando tierras de barbarie, la ciudad logrará el objetivo íntimo de su dirigencia. Nada tienen en común la élite criolla y la minoría liberal y radical, salvo un punto de acuerdo: el carácter de la ciudad depende de su capacidad para asimilar los modelos europeos, el Progreso es un concepto y una práctica siempre externos. En pos de la meta anhelada, la oligarquía se atiene al consumo ostentoso y los liberales a la secularización.

Este proyecto atraviesa la dictadura de Porfirio Díaz y persiste en los regímenes de la Revolución Mexicana. Uno es su propósito: alejar el apocalipsis contenido o apenas retenido en esas masas cobrizas, llenas de fealdad y mugre, ingenuos al punto de adorar a quienes los deprecian, en las orillas de las pulquerías, destruyendo las haciendas fusil en mano, invadiendo el horizonte usual. Evitar o desterrar el apocalipsis: el proyecto no es sinónimo de civilización sino de poder perfecto, y lleva a encarcelar limosneros antes de la llegada de un visitante ilustre, y a crear los ghettos que se llamarán "ciudades perdidas", "cinturones de miseria" o "colonias populares".

Noticiero del apocalipsis I

Y el primer ángel reunió las cifras y dijo:

- En 1940, en la ciudad de México 1,760,000 habitantes ocupaban 11,753 hectáreas. En 1988, 18,500,000 personas ocupan 125,680 hectáreas.
- Porcentaje de la población total del país que vive en la ciudad de México: 22 %.
- Magnitud del crecimiento urbano de 1950 a 1982: 36.5 metros cuadrados diarios.
- Del suelo no urbanizado, el 70 % está seriamente erosionado. Se han perdido el 75 % de los bosques y el 99 % de los lagos.
- Tasa de crecimiento anual: 2.7 %.
- Tasa de mortalidad infantil: 2.8 %.
- Niños en la miseria: 68 mil, durmiendo en las calles.
- Consumo de agua por minuto: un millón 274 mil litros.
- Porcentaje del volumen de agua potable destinada a uso industrial: 75 %.
- Centímetros al año en que se calcula el hundimiento de la ciudad de México: 15.

- Cantidad de basura diaria que produce un habitante de la ciudad de México: 940 gramos.
- Tiraderos clandestinos de basura (esquinas, parques y camellones): 8,500.

De la Revolución Mexicana como ansiedad especulativa

Entre 1910 y 1917, en la capital la revolución se anuncia con las multitudes de fisonomías ante sólo localizadas a través del pintoresquismo. A la ciudad la modifican de golpe el desfile de zapatistas y villistas (de rostros desafiantes y atuendos que el cine expropiará volviéndolos el guardarropa del primitivismo), y de familias de clase media - "las moscas" las llama el novelista Mariano Azuela - que huyen de la lucha armada. Y la ciudad es para los narradores el escenario del gran desencuentro: los ejércitos campesinos se sienten fuera de su elemento, la ciudad es, casi literalmente, la extrañeza y el horror que contemplan el desfile de los poderes con carabinera y calzón de manta, y la resignación de quien sabe que los espacios civilizados son el primero y el último refugio de los miedosos. De modo secundario esta ciudad atraviesa las páginas de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos.

Al terminar el conflicto, los zapatistas y los villistas han desaparecido y la ciudad, para sus escritores, carece de personalidad que oponerle a la nueva casta triunfante: militares, abogados, comerciantes. Se potencia como nunca el fenómeno del centralismo. Aquí, es el mensaje, se acumula todo lo que el resto del país no consiente: poderes políticos, fuerzas económicas con visión de futuro, lujo que se vive sin mojigatería, ghettos de cultura, oportunidades de entretenimiento ajenas a los paseos después de misa, "zonas de tolerancia" que van de la prostitución al comportamiento heterodoxo, relaciones con el mundo exterior. "Fuera de México", afirma un refrán, "todo es Cuautitlán", un modo como otros de referirse a la desolación pueblerina.

Ninguna de las razones del centralismo es propiamente estética. Al sentimiento de vanidad por el hecho de vivir en lo que fue capital de la Nueva España, lo suplanta la indiferencia hacia la condición de la ciudad, actitud que distinguirá al afán de modernidad ("No importa como se vea, pero que se vea como de otro país"), y que le permitirá a especuladores y contratistas el aprovechamiento muy a fondo del crecimiento irracional. De 1920 a 1960 la fe en el Progreso desbarata cualquier ordenamiento civilizado. La ciudad se extiende por todas partes, las colonias residenciales crecen y en diez años se descubren pasadas de moda, los edificios virreinales y neoclásicos son derri-

bados para erigir rascacielos, el concepto de Suburbia encandila a la nueva generación de profesionalistas, el funcionalismo arquitectónico disemina horrores que el capitalino considera parte de su destino fatal. No hay educación estética, y el cínico valor que se ensalza es lo nuevo.

En estos años, el optimismo es tan excesivo que nadie le dedica un instante a pensamientos apocalípticos. Se va hacia adelante y la movilidad social es tan intensa que disipa temores y dudas. Hay pobres, pero ya aprenderán a no dejarse ver; hay problemas pero la censura los aleja de los medios informativos y la ciudad capital es el gran botín que atrae a los especuladores urbanos, los casatenientes, los deseosos del cambio rápido.

La literatura urbana es más expresiva en la crónica (en especial en la obra admirable de Salvador Novo) y en retratos o paisajes narrativos que en cuentos y novelas cuyo propósito principal es la creación de personajes con psicología moderna, que vivan a fondo el tránsito del hombre público al hombre privado, que se desinteresen de la ciudad, para asumirse con gozo freudiano o revolucionario. De allí, de este papel aparentemente secundario de la ciudad, la importancia de *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes, donde lo son todo la energía y el carácter plural y simultáneo de la ciudad, su capacidad para forzar el contacto de los extremos. *La región* es un canto casi futurista a la ciudad dinámica (Marinetti en Cádillac), un mural riveriano donde la caricatura del arribismo suplanta el culto de los héroes, un estallido de imágenes donde la ciudad no es, como se ha dicho tanto, el personaje central, sino el escenario que justifica la inexistencia de personajes centrales.

Las ciudades destruyen las costumbres

Desde los años cincuenta la suerte de la ciudad está decidida: será el recinto de la explosión demográfica que promueve la ortodoxia católica ("Cada hijo trae su pan, su cobija, su mala suerte"), los hábitos de la familia tribal y las presunciones del machismo. Y alucinados por los trabajos, la relativa seguridad, la diversión y la vida liberada del control parroquial, acuden a diario al Distrito Federal, para ya no abandonarlo, quinientas o seiscientas personas, inmigrantes de todos los sitios del país, que saturan vecindades y azoteas, viven en los resquicios cedidos por los parientes o en departamentitos a sólo tres horas del sitio de su trabajo.

¿Como surgen los ghettos, las "ciudades perdidas" o "colonias populares"? A un terreno baldío acuden veinte o treinta familias, que se instalan como pueden, en chozas precarias a la que por cariño les dicen casa, con piso

de tierra y paredes de cartón. El líder les exige dinero para tratar con las autoridades, como pueden los colonos se lo entregan, el líder va con el funcionario y le grita recordándole los derechos del pueblo, o no y simplemente aguarda y pide más dinero, y el tiempo pasa, y si no hay desalojos violentos 20 o 30 años después los colonos han conseguido una o dos escuelas, una iglesia (donde no pueden casarse porque las bodas son muy caras), agua potable, luz eléctrica y algún otro atributo urbano. Falla el transporte (en el que invierten tres o cuatro horas al día), falla el drenaje, son mínimos o inexistentes los estímulos culturales (ajenos a los que proporcionan el cine, la radio y, sobre todo, la televisión). Y en un año, los inmigrantes desisten de hábitos arraigados a lo largo de las generaciones. Quien desee adaptarse a la ciudad no le hallará sentido a la mayoría de las trabas depositadas por la religión y las tradiciones familiares. Y se institucionalizan las dos ciudades: la que cada quien elabora por su cuenta, la geografía personal del hogar, el trabajo y los (cada vez más escasos) sitios de esparcimiento, y la otra ciudad, la del anonimato sin excepciones.

Pese a *La región más transparente*, la mejor descripción del tránsito de lo tradicional a lo moderno la dan el cine y la fotografía, el cine de modo resonante (el mejor proveedor de psicología de la adaptación) y la fotografía de manera que sólo después será reconocida. Así, por ejemplo, en los años cincuenta Nacho López, un extraordinario fotógrafo, captó una ciudad de México de los pobres y de la vida nocturna, y en su obra se filtra el nuevo optimismo popular: nada estará muy mal mientras nosotros a ratos nos sintamos tan magníficamente, el Progreso también consiste en ver en la ciudad el mayor espectáculo concebible, el majestuoso desfile al que hemos llegado por la resignación y el hábito, pero al que es ya hora de admirar porque es el único show que nos incluye. En pos del optimismo que no se reconoce como tal, Nacho exploró la zona entonces sin reconocimiento estético posible, la ciudad de los pobres, los barrios en la madrugada con su cauda de borrachos y vendedores de comida típica, los cabarets y su repertorio prostibulario, los billares, los circos ... Esos mismos escenarios, unos años antes hubiesen resultado amenazadores, escalofriantes. Ahora resultan *típicos*, y el término incluye el deseo de salir del arrabal, de la pobreza, y la certidumbre de que la pobreza ya es inofensiva. Entonces, las colectividades populares saben que son algo nuevo pero no saben lo que son, se modernizan sin tener muy presente las implicaciones del término *modernización* y la ciudad se desenvuelve, sin que se tenga en cuenta una característica central: por su mismo vigor, la capital es el gran instrumento de la sociedad laica, de la tolerancia, de la creación de estímulos culturales.

Lo moderno para quienes carecen de recursos: el goce de las libertades (la primera de ellas: el desorden relativo), y la promiscuidad incontrolable que

trae consigo el desarrollo urbano. Por un tiempo, en la capital, lo urbano es sinónimo de lo popular, porque en las colonias residenciales a lo que aspiran propietarios y arquitectos es a construir y habitar mansiones "fuera del tiempo", donde la ostentación dé aviso de la nueva aristocracia que emprende el camino de munificencia virreinal (Esas colonias son ahora homenajes al costumbrismo desvencijado). Y las masas definen por un tiempo el sentido de lo urbano.

Luego, lo que hay en todas partes o en casi todas partes: la fiebre de la americanización, el deseo compulsivo de una clase ansiosa de habitar el gran suburbio de Los Angeles, y de "californizar" la apariencia citadina. La americanización fue y es muchas cosas, pero en la arquitectura de y para clases medias se define como el olvido del pasado en beneficio del autoengaño. *Mira esta casa. Es igualita a una que vi en un suburbio de San Diego.* ¿Y quien desmentirá al alucinado y feliz propietario?

Como en casi todas partes, pocos se oponen, ni siquiera la derecha antiyanqui, a la americanización, bajo cuyo prestigio se cuele el arrasamiento estético y ecológico, la instalación de industrias sin tomar mínimas precauciones, la destrucción del patrimonio artístico, el desbordamiento urbano. Se admite que el trato con la tecnología, por más superficial que sea, es la compensación al alcance para quienes viven en las márgenes de la prosperidad. Y luego, si falla la resistencia ideológica, triunfa la resistencia en la vida cotidiana, que asimila sin ser asimilada en lo fundamental, adaptando irónica y ferozmente el modelo y "nacionalizando la americanización" (si la frase procede). Esto, creo, explica muchas cosas: el auge del seudo arte (de tan Kitsch, la ciudad de México resulta otra cosa), la complementación intensa entre la modernidad y el anacronismo, la dualidad singularidad-imitación que rige a la mayoría de los ofrecimientos visuales.

Noticiero del apocalipsis II

Y después de estas cosas oí una voz de gran compañía en el cielo, y el segundo ángel emitió más datos:

- El Destricto Federal tiene el 15 % de la vivienda del país.
- Del total de viviendas, el 52 % son rentadas.
- De los rentistas o casatenientes, el 10 % tiene 30 viviendas o más; el 20 %, de 10 a 30; y el 70 % de una a 3 viviendas.

- Del total de viviendas, cerca del 41 % presenta graves deterioros. El 15 % no tiene drenaje, el 12 % sin agua potable, el 1.5 % sin luz eléctrica, el 7 % son hechas de adobe, madera o lámina.
- El 25 % de las viviendas alberga, cada una, más de 5 habitantes. El 23 % es de un solo cuarto, y el 20 % de dos cuartos.
- Déficit de viviendas: 2 millones, a las que cada año se incorporan 220 mil en razón del deterioro.
- En 1989, FIVIDESU, la compañía del Estado, construyó 612 viviendas. Además, dispone de una vivienda de interés social (de beneficencia estatal) le cuesta a cada postulante una suma equivalente a los dos mil dólares.
- 2 millones y medio de personas carecen de drenaje. 300 mil capitalinos, por lo menos, carecen de agua. El 75 % del agua de lluvia se desperdicia por falta de infraestructura, y el 33 % del agua potable por los daños en la red de tuberías.

Imágenes contradictorias y complementarias

A diario, cerca de cinco millones de capitalinos utilizan el sistema de Metro, en batalla álgida por el oxígeno y el espacio es (la masificación de la secuencia delirante de *Una noche en la ópera* de los hermanos Marx cuando una multitud entra a un camarote pequeñísimo.) Como en ninguna parte, en el Metro se escenifica el sentido de la ciudad contemporánea, que todo lo incluye: indiferencia por los demás y por uno mismo, humor a ráfagos, tolerancia un tanto a fuerzas, lucha - no tan metafórica - por la sobrevivencia, fastidio de siglos, resignación y energía. En el fondo el significado esencial: esas multitudes (y los individuos que las componen) han recibido la herencia de corrupción institucionalizada, devastación ecológica y supresión de los derechos básicos y, sin desviar la inercia del legado, lo humanizan a su manera. Es el humanismo del apretazón que proclama la democratización forzada, la del interminable mercado en calles y zaguanes donde media ciudad le vende al resto, la del automóvil como prisión ambulante.

En el otro extremo y en la misma lucha por el centímetro cuadrado, la ciudad religiosa se centra y se aglomera en la Basílica de Guadalupe y en su atrio. ¿Allí cada 12 de diciembre, día de la Guadalupana, se produce o no lo que los teólogos de la liberación llaman *eclesiogénesis*, la creación de la iglesia desde abajo, desde el pueblo? La pregunta me sobrepasa, pero si no hay *eclesiogénesis*, sí hay, estrepitoso, rugiente, omnítrono, el tumulto que

democratiza los ritos, enloquece a la montaña, sana y enferma al lunático, eleva y derrumba las madererías de Dios sobre las muchedumbres labrantías, deshace los ordenamientos jerárquicos, le da al ruido la doble calidad de presagio de la tierra desordenada y vacía antes del génesis o del apocalipsis, hace de la devoción un acto de contemplación múltiple, incorpora la fe a las coreografías, no le concede reposo a la atención.

En el tumulto de la religiosidad, la creencia va y viene, reza, canta, se desfoga eúritmicamente, pasea, se apretuja, compra, come, conversa, se deja llevar por la aglomeración de creencias idénticas, se desmaya, se recupera, entona canciones rancheras, certifica que no hay sensación más pagana que la doctrina incontaminada, se añade cada cinco minutos a cualquiera de las interminables colas móviles, se enreda entre las mantas, agita los cascabelos en los pies, deshace las teologías bien portadas, se deja traducir por teponaxtles y tambores, encarna al mismo tiempo en peregrinos y turistas, se abisma igualmente en ritmos prehispánicos y en marchas de John Phillip Sousa, calienta tortillas, bebe de aquí a la siguiente sobriedad, deposita flores en el altar, se santigua, se enfada al no sentirse súbitamente iluminada.

El peregrino que avanza de rodillas hacia la Basílica concentra la mirada en un punto del infinito. No obstante la precaución de los familiares que colocan mantas a su paso, él se ve desfalleciente, las rodillas le sangran, el rezo languidece. Pero habrá de prevalecer, así lo exige su compromiso con la Virgen, él y su familia han sufrido mucho y ya es justo que la pasen bien, y ese sacrificio redituará, no porque él quiera comprar a la Virgen, ella no es como los policías o los funcionarios, pero sí demostrarle que se le quiere hasta las lágrimas que no se evitan, hasta el dolor y la sangre. Al paso del suplicante, todos se hacen a un lado, lo suyo es religiosidad que se admite pero que se comparte cada vez menos, la vida secular rechaza los afanes penitenciales, es mejor y más cómodo que todo quede en el diálogo íntimo, sin exhibición de sacrificio.

En la mañana, acaparan la atención los grupos de concheros, las tribus danzantes que se multiplican en el país que quiere ser moderno. Su número aumenta cada año, algo quizás atribuible a la vuelta a la religiosidad (o al estudio de la religiosidad, como aseguran en la industria académica), al amor hipnótico por los ritmos cosmogónicos, al gusto por bailar horas y horas sin obstáculos ni reconvenções. Los concheros son puntuales, disciplinados, incansables, y su dignidad se desentiende de las críticas que los tradicionalistas podrían hacer de sus atavios, tan deudores de los modistos del Ballet Folclórico de Amalia Hernández, tan comprometidos con el diseño hollywoodense de los cuarenta, que, sin que nadie jamás lo contradijese, se imaginó a los prehispánicos más cerca del show-business que de la Coatlicue. Tal vez así sea, pero los danzantes anulan pronto la fantasía azteca de sus

atavíos, uno entiende las razones de la falta de poder adquisitivo, y puede contemplarlos, feliz, durante horas. En ellos el ritual es la más cumplida descarga catártica.

El aspecto de los cantantes en el atrio es ciertamente bélico, desafían a las fuerzas del mal y del bien, se indignan con el silencio, la blandura del ánimo, la falta de incienso y oro que ofrecerle a Ella. Cantan con la vibración que extermina pecados, sistemas acústicos, indiferencias, buenas voluntades ... y, de golpe, sueños y vigilia se agregan al estruendo, que es el idioma litúrgico de la hora, la síntesis sonora de rezos, cánticos a la Morena del Tepeyac, canciones de José Alfredo Jiménez, bendiciones dichas como si fueran maldiciones, sonos de mariachi, música transmitida de siglo en siglo, fragmentos de conversaciones, órdenes iracundas de los técnicos de televisión, pregones comerciales ... En el atrio de la Basílica, la religión popular demuestra que el relajamiento y el respeto pueden ser formas de la misma trascendencia, que unifican religiosidad y laicismo en el maremágnum que, para darle el único orden posible, el onomástico, hemos dado en llamar ciudad de México.

Del localismo del universo a la universalidad del barrio

Sin las pretensiones totalizadoras de *La región más transparente*, desde los años sesenta se escriben novelas y crónicas donde la ciudad de México es algo más que escenario (es la autorización y el límite de pasiones y conductas nuevas) y algo menos que el personaje central. Entre ellas: *La tumba y De Perfil* de José Agustín, *Gazapo* de Gustavo Sáinz, *Palinuro de México* de Fernando del Paso, *La noche* de Juan García Ponce, *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, *El desfile del amor* de Sergio Pitlor, *Fuerte es el silencio* de Elena Poniatowska, *Las Glorias del Gran Púas* de Ricardo Garibay. En especial por razones ilustrativas me interesan en este contexto cuatro libros. En *De perfil* la ciudad es el escenario insólito de la libertad de los adolescentes, el ámbito del rock, la iniciación sexual, los ritos de pasaje alcohólicos. En *Las batallas en el desierto*, la capital es la memoria del arrosamiento: en esta ciudad que fue vivible, se admitían amores románticos. En *El desfile del amor*, la ciudad de los años cuarenta es, de nuevo, la red subterránea, con su deludida cuota de extranjeros, espías nazi, fascistas locales, excéntricos, freaks. Nadie puede saber nunca la verdad porque la ciudad es, en esencia, el ocultamiento de los hechos. Y en *Las glorias del Gran Púas*, la ciudad es el torbellino de tabernas, vendedores de marihuana, entrenamientos

a medias, descargos verbales donde una palabra cumple diez mil oficios y el sentido del discurso es el ritmo.

Noticiero del apocalipsis III

Y el tercer ángel derramó también su copa informativa:

- Plantas productivas ubicadas en el D. F.: 30 mil.
- Porcentaje de la población que tiene entre 0 y 29 años de edad: 74,4 %.
- Nacimientos por cada mil mujeres en edad fértil: 167,2 %.
- Porcentaje del área que ocupan los espacios abiertos dentro de la zona urbana ocupada: 8,9 %.
- Hectáreas ocupadas por el área de desarrollo urbano: 63,382.
- Hectáreas empleadas para la creación de parque y jardines durante 1988: 38,5.
- Casetas telefónicas que en toda la ciudad prestan servicio al público: 15,870.
- Número de empresas, de las 500 más importantes en el país, radicadas en el D. F.: 149.
- Porcentaje del área destinada a usos viales dentro de la zona urbana ocupada: 27,5 %.

Donde cupo una ciudad, cabrán cincuenta

En treinta años (1950 - 1980), la capital pierde lo que se consideraba su organización racional, se extiende hasta incluir todo el Valle de México, y se transforma en megalópolis o, en rigor, cadena de ciudades. Hay una meta no tan oculta: que para fin de siglo el país sea una sola ciudad, la capital ampliada. Ya para 1980 el tamaño de la ciudad derrota todas las previsiones y políticas de contención. En la catástrofe intervienen distintos factores, entre ellos:

- la ausencia en las autoridades de proyectos urbanos a mediano y largo plazo. Todo se hace en función de la coyuntura electoral, de la necesidad de satisfacer clientelas, de la improvisación que es resultado de la falta de especialización de los funcionarios.

- La red de corrupción que enlaza al aparato administrativo con los empresarios y que afecta la idea misma de gobierno. Gracias a la corrupción se edifica en sitios prohibidos, se permite la destrucción de monumentos coloniales, se destruyen por sistema los pulmones ecológicos, se fomentan invasiones de terrenos (previamente comprados por los funcionarios a través de prestanombres). *Manos sobre la ciudad*: la especulación es el nombre de juego.
- el fracaso de la política demográfica del gobierno, que no logra cumplir ninguna de sus metas, entre otras cosas por la presión de la Iglesia Católica que combate a fondo el control de la natalidad.
- el desastre agrario, que impulsa a diario las migraciones masivas a Guadalupe, Monterrey y, sobre todo, Estados Unidos y la ciudad de México.

A mediados de los setenta retorna, vigorizada, la idea del apocalipsis capitalino, sustentado en hechos incontrovertibles, en la noción despreciativa del Tercer Mundo, y en el miedo a las masas. El catastrofismo cunde, como ideología pública, el catálogo de males que se avecinan, mientras la ideología secreta es la esperanza que cada quien alberga de ser uno de los afortunados que se libren de la lluvia de fuego o sus equivalentes: la inversión térmica, la destrucción de la capa de ozono, la escasez creciente del agua, la imposibilidad de abastecer de comida a la ciudad monstruosa. No es en balde el éxito en México (renovado cada año) de la película *Soylent Green*, una anti-utopía, del tiempo en que la sobrepoblación llevará al canibalismo. Y la megalópolis se convierte, en las profecías comunes, en la nueva Calcuta, la ciudad más poblada del mundo en donde se ensayarán todas conflagraciones.

Los dieciocho o veinte millones de habitantes son la ola incesante que configura la nueva ley de psicología social: de aquí en adelante un paisaje semidesértico será aquel en donde sólo vaguen, como almas en pena, cien o doscientas mil personas. Y la explosión demográfica es el hecho que va ubicando los ofrecimientos visuales, gastronómicos y culturales que la ciudad conserva: el Centro Histórico, las ruinas prehispánicas, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan, las colonias residenciales, los museos, el Paseo de la Reforma, Polanco, la Zona Rosa, los monumentos cívicos que el poder difunde a modo de noticieros de su permanencia.

A las muchedumbres que invaden, consumen y definen el Distrito Federal, nada las lleva a la apreciación de la belleza urbana. Confinadas en la aglomeración de calles y de camas, solo creen en una meta: hacerse de una propiedad, la que sea, y en función de esa angustia se desentienden de la ciudad elegante que crece al sur de la ciudad, de gustos derivados de Houston y Dallas y menú cosmopolita. Fuera de sus zonas privilegiadas, la ciudad es producto de la prisa múltiple (vender los terrenos antes de que los compra-

dores protesten por la falta de servicios, asegurar la complacencia o la indiferencia de las autoridades, poseer casa propia aunque carezca por un tiempo de puertas y ventanas), y esa prisa acumula sin seleccionar: que las casas se vean bien o mal no importa, que todo parezca fruto de la improvisación. La ciudad-de-los-muchos se aprovecha de cualquier espacio, y suele dirimir su acercamiento a Lo Bonito (el sinónimo popular de lo Bello) favoreciendo las sensaciones más obvias. Por eso el auge interminable del melodrama, porque las sensaciones cuestan bastante menos que los objetos.

En el terreno visual, la ciudad de México es sobre todo la demasiada gente. Se puede hacer abstracción del asunto, estudiar o fotografiar amaneceres desolados, redescubrir el poderío estético de muros y plazuelas, vivir en lugares protegidos y aislados del ruido y la presencia de multitudes. Pero la obsesión permanente (el tema insoslayable) es la multitud al asecho, la manera en que cada persona, así no lo sepa o no lo admita en el esplendor de su residencia, vive temiendo perder el mínimo espacio que la ciudad le concede. Las imágenes íntimas se construyen a partir de la realidad física, psicológica, cultural, visual de los demasiados habitantes, que son a la vez emblema de la vitalidad urbana y opresión sin salida.

Noticiero del apocalipsis IV

Y vino otro de los ángeles, y habló conmigo, diciéndome: "Ven acá, y te mostraré la condenación de la ciudad que ya no termina nunca, y te la expresaré en los nuevos presagios, los datos estadísticos":

- En 1988 hubo en promedio 487 delitos cada 24 horas. En 1989 fueron 415. De estos, 139 correspondieron a hechos delictivos cometidos con violencia y relacionados con robos: 2 en casas habitación con sus inquilinos en ellas, 9 en negocios con los propietarios o sus clientes presentes, 12 de automóviles con sus pasajeros en ellos, 20 a transeúntes y 21 a repartidores. De numerosos delitos no se tiene noticia porque las víctimas prefieren no dar parte a la policía.
- Un caso típico (1989) de una familia que vive en la colonia irregular "Las Aguitas" en la parte alta de los cerros de Ecatepec en la Sierra de Guadalupe. El padre trabaja como obrero en una fábrica de cadenas para camiones, gana el salario mínimo (algo más de 300 dólares al mes), y cada semana le entrega a su esposa 50 o 60 mil pesos (más o menos entre el 70 y el 85 % de su ingreso) para el gasto diario en alimentos, agua, útiles es-

colares, etcétera. A la mujer le toca, entre otras muchas actividades, asegurar el abasto de agua en el hogar, y para ello tres veces a la semana llena 2 tambos de 200 litros de agua cada uno; en total, compra 6 tambos (mil 200 litros de agua) a la semana y gasta 10 mil 800 pesos, porque como vive en el alto, cada tambo se lo venden en 1800 pesos (a 9 pesos el litro de agua). Esto significa que sólo en la compra de agua, se le va el 20 % del gasto total familiar.

- Desde hace varios años, el 70 % de los niños ya nace con plomo en la sangre.
- Por cada uno de los 18 millones de habitantes, 130 mil fábricas y 3 millones de vehículos producen 4 kilos de agentes químicos nocivos.

No nos une el amor, sino el espanto

¿Que es una mentalidad apocalíptica? Hasta donde veo, algo opuesto a lo detectable en la ciudad de México. Allí, en medio de cifras que cada quien maneja desde lo que es en la práctica "el chovinismo de la catástrofe", "el chovinismo demográfico", muy pocos se van porque, sociedad laica al fin y al cabo, muy pocos toman en serio las predicaciones del fin del mundo. Entre quienes menos los toman en serio, los escritores. No hay anti-utopías, la ciudad no es el peso opresivo (eso lo sigue siendo la provincia), y nada más lejos del ánimo capitalino que compartir las profecías de Fuentes en *Cristóbal Nonato* y en el relato "Andrés Aparicio" de *Agua quemada*. Pero incluso el apocalipsis de Fuentes (ecológico, político, social, lingüístico) se deja invadir por el relajamiento. En el fondo, si la catástrofe es muy cierta, pocos, salvo los integrantes del creciente movimiento ecológico, toman en serio el catastrofismo y hallan a contracorriente numerosos estímulos. Esta es la paradoja: una ciudad con signo apocalíptico habitada por quienes, en su conducta sedentaria, se manifiestan como optimistas radicales.¹

1 Fuentes estadísticas: Revista *Nexos*, junio de 1990; Revista *Barrio Nuevo*, mayo y junio de 1990; *Informe de la ONU* sobre Asentamientos Humanos en el Tercer Mundo.